



Vergüenza y Revolución. Análisis de una carta del joven Marx

Iñaki Martínez Ortigosa

Resumen

El trabajo pretende destacar la importancia del sentimiento de **vergüenza** en la conformación de la doctrina marxiana. El ejercicio del periodismo durante su juventud provoca en **Marx** un sentimiento *de vergüenza de ser alemán* que, lejos de desanimarle en sus ideas políticas, identifica con el detonante de una **revolución** social que conduzca a la emancipación del pueblo alemán.

Abstract

The aim of this work is to emphasize the importance of **shame** in the conception of the marxist doctrine. The practice of journalism at the height of his youth arouses in **Marx** a feeling of *shame at being german*. This shame doesn't discourage him about his political ideas, but rather the opposite it is identified with the root cause of a social **revolution** that leads the german people to his emancipation.

Palabras Clave

Marx, vergüenza, revolución

Antes de que Karl fuese Marx, antes de que sus ideas empezasen a constituir algo así como una doctrina, el joven de Tréveris vivió una etapa como periodista que resultó clave en la conformación de su pensamiento político. Una de las experiencias que más decisivamente le marcó en dicha etapa fue el sentimiento de “vergüenza de ser alemán”, que vivió a raíz de su contacto con la injusta realidad social y con las trabas del gobierno prusiano al avance de la democracia. Esa vergüenza, que se hace más patente para Marx a medida que pasa el tiempo, según él mismo confiesa, no le lleva al desánimo respecto a sus intenciones revolucionarias. Por el contrario, la identifica más bien con el detonante de la inminente revolución, el inicio del camino hacia la emancipación del pueblo alemán. En el presente artículo se pretende señalar precisamente la importancia de la vergüenza en un pensamiento político donde la acción ocupa un lugar central, justo en el momento en que éste se encuentra en proceso de gestación.

El joven Marx

Marzo de 1843. Karl Marx tiene 25 años y se encuentra de viaje por Holanda, lugar de origen de su madre. Está a punto de empezar una nueva etapa de su vida. Desde su graduación en el Liceo, en Tréveris, ha realizado estudios de derecho en Bonn y en Berlín; ha frecuentado ambientes estudiantiles que le han convertido en un

“hegeliano de izquierdas”¹; se ha doctorado con una tesis sobre Demócrito y Epicuro (1840) y tras ver frustrada la posibilidad de hacer carrera académica (por la expulsión de la Universidad de Bonn del profesor Bruno Bauer) se ha dedicado al periodismo. Desde abril de 1842, ha trabajado como colaborador y después como redactor jefe en la *Reinische Zeitung*, de tendencia burguesa y liberal. El periodismo le ha permitido tomar conciencia de la realidad social y de la naturaleza clasista de la legislación prusiana. Sus artículos sobre la libertad de expresión, la Dieta renana o los castigos corporales a ciertos delitos dan a la revista una orientación democrática y revolucionaria². El gobierno prusiano, temeroso de la relevancia que estaba adquiriendo la Gaceta y presionado por el zar Nicolás I, tras un artículo contra el absolutismo ruso, la secuestra el 21 de enero de 1843. En una carta del 25 de enero, Marx comunica a su amigo Ruge que “no es posible emprender nada en Alemania, se corrompe uno a sí mismo”. Su decepción con el Estado alemán, con el que ya no está dispuesto a ser “flexible”, es total. Pero también con la actitud cobarde de la clase burguesa alemana, muy alejada del papel que había desempeñado la burguesía francesa en 1789. Esta ruptura con la burguesía liberal reabre la cuestión: ¿quién podría emancipar a Alemania?³.

El 12 de marzo, en asamblea general de socios, la posición mayoritaria defiende la moderación de contenidos de la Gaceta. Marx no está dispuesto a continuar. La presión que el Estado prusiano ha sometido a esa publicación liberal ha podido con él: es mejor abandonar que “trabajar en servitud” para los censores. El 18 de marzo incluye esta declaración en la publicación: “el abajo firmante declara que, como consecuencia de la situación en que la censura ha colocado a la revista, abandona en el día de hoy la redacción de la Gaceta Renana”⁴. En dos años, se han apagado las esperanzas puestas por Marx en Alemania: apartado de la vida universitaria, acallada su crítica periodística, falto de dinero... El 31 de marzo la Gaceta deja de publicarse definitivamente.

La correspondencia con Arnold Ruge

En su etapa periodística, Marx ha mantenido correspondencia con otro hegeliano de izquierdas, Arnold Ruge, editor de los *Anales Alemanes*. La visión que ambos comparten del mundo germánico está cargada de desaliento: comprometidos con los ideales demócratas de la revolución francesa, ven en el régimen autocrático de Federico Guillermo IV el lugar de un feudalismo residual irracional y decadente. En marzo de 1843, la falta de esperanza en una revolución política no impide a Marx creer todavía en una revolución social, tal y como demuestra el siguiente intercambio de cartas con Ruge:

Estoy viajando por Holanda. Por lo que leo en los periódicos del país y en los franceses, veo que Alemania está y seguirá estando cada vez más

¹ La facultad de derecho de Berlín estaba dominada entonces por el recuerdo de la figura de Hegel, quien había muerto sólo cinco años antes. La opinión dominante en la Universidad era que el pensamiento de Hegel constituía la filosofía definitiva y sus principales discípulos se dedicaban, desde 1832, a editar las lecciones no publicadas del maestro y a tratar de desarrollar las implicaciones de su doctrina en los diferentes campos. Cf. Fernández Buey (1998), p. 31.

² Véase Marx (1983).

³ Cf. Lowy (1973). Sobre la dificultad de una revolución en Alemania, cf. A radical German Revolution, en Marx, K. (1971), 422-426.

⁴ Citado en Cerroni (1980), p. 21.

*hundida en el bochorno. Le aseguro a usted que, si disto mucho de sentir ningún orgullo nacional, siento sin embargo, la vergüenza nacional, incluso en Holanda. Hasta el más pequeño holandés, comparado con el más grande de los alemanes, es un ciudadano de su Estado. ¡Y no hablemos de los juicios de los extranjeros del gobierno prusiano! Reina una aterradora coincidencia y nadie se engaña ya acerca del sistema y de su naturaleza tan simple. De algo ha servido, pues, la nueva escuela. Ha caído el ostentoso manto del liberalismo y el más odioso de los despotismos se ha desnudado ante los ojos del mundo. Es también una revelación, aunque invertida. Es una verdad que, por lo menos nos enseña a conocer la variedad de nuestro patriotismo y el carácter antinatural de nuestro Estado y a encubrir su rostro. Me mirará usted sonriendo y me preguntará: ¿y qué salimos ganando con ello? Con la vergüenza solamente no se hace ninguna revolución. **A lo que respondo: la vergüenza es ya una revolución;** fue realmente el triunfo de la revolución francesa sobre el patriotismo alemán, que la derrotó en 1813. La vergüenza es una especie de cólera reflejada sobre sí misma. Y si realmente se avergonzara una nación entera, sería como el león que se dispone a dar el salto. Reconozco que en Alemania no se percibe todavía ni siquiera la vergüenza; por el contrario, aquellos siguen siendo patriotas...⁵.*

Ruge no puede corresponderle en su optimismo y niega toda posibilidad de emancipación del pueblo alemán:

Y en realidad así es, esta generación no ha nacido para ser libre. Treinta años de falta de vida política, transcurridos bajo una opresión tan degradante que hasta los pensamientos fueron vigilados y regulados por la policía secreta de la censura, han dejado a Alemania al nivel político más bajo de la historia. Usted dice: la nave de locos llevada por el viento y por las olas no escapará a su destino, y ese destino es la revolución. Pero no añade: esa revolución es la curación de los locos; por el contrario su imagen conduce sólo a pensar en el final. Pero yo no concedo tampoco el final, por lo demás completamente augurable. Materialmente, este pueblo útil no perecerá pero espiritualmente, en su existencia de pueblo libre, hace tiempo que ya está acabado.

Juzgo a Alemania basándome en su historia pasada y en la presente; no pretenderá aducirme que aquella historia es falsa y que la vida pública contemporánea no refleja la verdadera situación del pueblo. Lea todos los periódicos que quiera, se convencerá de que no se deja, y eso que la censura no impide a nadie que deje de entonar himnos por nuestra libertad nacional⁶.

Marx contesta en mayo de ese año...

Su carta, queridísimo amigo, es una buena elegía, un canto fúnebre que quita la respiración; pero desde el punto de vista político no es absolutamente nada. Ningún pueblo desespera y aunque se vea obligado a esperar por obtusidad, llegará un día, después de muchos años, que en un alarde de repentina inteligencia, llevará a cabo sus más elevados deseos⁷.

⁵ Cf. Karl Marx (1982), p.441-442.

⁶ Op. Cit., pp. 443.

⁷ Op. Cit., pp. 443.

El poder revolucionario de la vergüenza

Marx parece reprochar a Ruge una actitud poco constructiva. El desencanto que les produce la situación en Alemania no debería hacerles bajar los brazos. En ella hay que saber encontrar la “promesa” de una nueva vida. Esa esperanza tiene entre sus raíces el poder revolucionario de la vergüenza.

Tomemos primero vergüenza y revolución por separado. La vergüenza tiene como motivo la situación de Prusia bajo el régimen absolutista de Federico Guillermo IV – de viaje por Holanda no le cabe duda de que el mundo germánico se queda atrás en la historia. La revolución tiene por objeto la emancipación del pueblo alemán, la transformación del régimen absolutista en un Estado democrático⁸. Pero lo que nos proponemos considerar del intercambio de cartas entre Marx y Ruge no es el motivo de la vergüenza ni el objeto de la revolución sino el vínculo de ambas, a modo de encuentro del ámbito de las emociones y el de lo social/político. Por el modo en el que es expresado –“la vergüenza es ya una revolución”–, ese vínculo resulta sorprendente. Tratemos de conocer su raíz. Aunque la expresa en primera persona, enseguida vemos que Marx no pretende hablar de una vergüenza personal sino nacional: la que siente el pueblo como colectivo y presupone una identidad (ser alemán, ser prusiano, etc.). Dejando a un lado los efectos de la vergüenza en el individuo concreto, atenderemos a la cuestión: ¿qué tiene que ver esa vergüenza generalizada con una supuesta revolución?

Podríamos decir, de entrada, que la vergüenza “despeja el camino”, que sitúa al pueblo en disposición para desear su transformación (su emancipación, con el advenimiento del Estado democrático). Si la vergüenza despeja el camino es porque confiere al pueblo la energía necesaria para protagonizar un cambio social tan importante⁹. ¿De dónde sale esa energía? Habría que plantear esta cuestión al revés: ¿qué frena a los pueblos en el devenir histórico a salir de sí mismos, a imaginarse distintos? Las cartas de Marx parecen dar una respuesta: el ensimismamiento, el orgullo tontorrón. La vergüenza rompe el hechizo, se convierte en orgullo desengañado y genera una necesidad: precisamente, la de salir del bochorno, la de recuperar el orgullo, etc. Llegar a generar esa necesidad es la virtud política de la vergüenza y de ahí que sea considerada por Marx no como un paso más en el camino de la revolución social sino como el “salto más grande”. Quizás no haya sido valorado suficientemente este sentimiento en la evolución del pensamiento de Marx. Se ha destacado, sin duda, la importancia que otorga a la toma de conciencia del

⁸ Mientras lucha por hacerse un hueco en la universidad y posteriormente en el periodismo, intelectualmente se aprecia en Marx una cierta evolución en su hegelianismo. Ha descubierto “una aguda contradicción entre el Estado que él ve todavía hegelianamente como esfera de la razón y de lo universal y los intereses particulares vinculados a la propiedad privada” (Sánchez Vázquez, A. Prólogo a Marx (1968), p. 6.). El Estado prusiano aparece como esfera del interés privado contrapuesto al Estado de interés universal como esfera racional. La influencia de los intereses privados “cobra una importancia que en el marco de la filosofía del Estado, de Hegel, no era posible percibir, ya que éste las relegaba a una esfera inferior, la de la sociedad civil”. La revisión crítica de la concepción hegeliana del Estado se hace inevitable, tras haber afrontado problemas políticos y económicos concretos. Es necesario superar la contradicción abierta entre lo real/emprírico y lo racional. Marx abre de esta manera el camino hacia su futura concepción del Estado como la esfera de los intereses de clase, decisiva en la teoría política marxista. Pero todavía hay idealismo en él: el Estado verdadero o democracia es la esfera de la razón y lo universal; el Estado no democrático es la deformación de la esencia del Estado racional (donde universal y particular se funden).

⁹ En mente tiene Marx, como ejemplo, la Revolución Francesa. Aunque en Francia, la clase burguesa fue la encargada de pilotar el cambio y en Alemania, en 1843, eso no es posible; de ahí que no quepa esperar revolución política sino social.

proletariado respecto a su alienación, como condición indispensable para la revolución. Pero no se ha hecho demasiada incidencia en el papel que juega la vergüenza como vía de acceso a esa toma de conciencia.

Si la vergüenza puede sacar al pueblo de su ensimismamiento al hacerlo consciente de su condición –el retraso histórico–, si lo sitúa en buena disposición para su transformación al generar la necesidad de cambio, entonces habrá que hacerle espacio. Y ésta se convierte en toda una cuestión política: cómo crear las condiciones para la vergüenza nacional. Nuevamente, Marx indica un posible camino: el reconocimiento de los valores democráticos como base de los pueblos civilizados¹⁰. Para ello, el Estado prusiano debe estar abierto a las transformaciones que afectan a Europa desde la Revolución Francesa, abandonar el orgullo patrioter que lo mantiene al margen de la historia. La etapa de Marx en la *Gaceta Renana* ha contribuido a difundir ideales democráticos y liberales, ha presionado en favor de un progresivo cambio político. Pero los problemas con la censura prusiana detienen ese empuje, demostrándose lo impermeable que ha llegado a ser Prusia a la expansión y consolidación del liberalismo político europeo. Marx abandona Alemania y reanuda la lucha desde el extranjero¹¹, esperanzado en que algún día el pueblo, avergonzado, se levante contra el sistema.

Vergüenza y esperanza

Si la vergüenza es un sentimiento políticamente valioso es por su potencial revolucionario. A lo dicho anteriormente sobre el vínculo, en Marx, del ámbito emocional y el ámbito político, hay que añadir un concepto importante: la esperanza. La vergüenza es un sentimiento revolucionario, entre otras cosas, porque es esperanzador: su sola existencia supone la posibilidad, respecto a la realidad vergonzante, de una realidad otra. Si el pueblo alemán se avergonzase de su condición estaría proporcionándose un horizonte político y social “ideal” que le empujaría a emprender un proceso de cambio histórico. Ello nos lleva a descubrir en la vergüenza una dimensión temporal, como sentimiento que apunta al futuro. Es sabido que la esperanza es un elemento fundamental de cualquier ideal político. En un momento como 1842-1843, en el que Marx se enfrenta (desde el periodismo) al Estado prusiano con firmes convicciones democráticas, en defensa de la justicia social, la vergüenza constituye la base de su proyecto político. Es la emoción capaz de generar la energía que necesita el pueblo para levantarse y para entender ese movimiento como “proyecto” – cargado de significado en un plano temporal.

La idea de vergüenza nacional en un Marx “pre-marxista”, que todavía no ha “descubierto” el proletariado ni la lucha de clases¹², es fundamental en tanto que conforma un pensamiento en germen (el marxismo) que cree en la capacidad del pueblo para levantarse contra un determinado orden social, esperanzado en un futuro distinto. Y esa confianza en la vergüenza, como emoción que hará posible el

¹⁰ La falta de espíritu democrático en el mundo germánico parece explicarse, a mediados del siglo XIX por la ausencia de una clase burguesa suficientemente fuerte y consolidada, decidida a contrarrestar el modelo político prusiano. Precisamente se lamenta Marx de la complicidad burguesa con el estado prusiano, de su falta de valentía política.

¹¹ Dar espacio a la vergüenza parece haber sido el sentido último de la actividad de Marx desde que abandonó la universidad. Y si en su país la tarea parece haber sido en balde, el traslado a París para trabajar en la edición de los *Anales franco-alemanes* (que funda con Ruge) demuestra que sigue creyendo en la función crítica del periodismo y en su eficacia para difundir los valores democráticos.

¹² Algunos autores señalan el nacimiento del marxismo hacia 1844-1845 ; nos encontramos, pues, en los años que precedieron a los primeros textos de la teoría marxista.

movimiento histórico hacia la emancipación de los hombres, manifestada en la carta a Ruge, queda confirmada en estas otras palabras del mismo año, pocos meses después:

En la lucha contra ese estado de cosas [la irracionalidad del mundo] la crítica no es una pasión de la cabeza, sino la cabeza de la pasión. No es un bisturí, sino un arma. Su objeto es su enemigo, al que no trata de refutar, sino de destruir... Hay que hacer que la opresión real resulte más opresiva, agregándole la conciencia de la opresión, hay que hacer que la vergüenza sea más vergonzosa, pregonándola... Hay que enseñar al pueblo a asustarse de sí mismo a fin de infundirle ánimo¹³.

En este pequeño trabajo sobre Karl Marx no hemos pretendido otra cosa que incidir en un detalle: en el origen de su doctrina, más que un prejuicio racional o ideológico, destaca por su singularidad algo más humano y universal, como es la vergüenza. O dicho de otro modo: que una reflexión en el ámbito de lo político ha podido nacer en el ámbito emocional. Como si la vergüenza, la suya y también la nuestra, la que sentimos hoy ante el mundo, deba ser motivo de una filosofía política.

Referencias Bibliográficas

- Cerroni, U. (1980): *El pensamiento de Marx*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Fernández Buey, F. (1998): *Marx (sin ismos)*. Barcelona, El viejo topo.
- Lowy, M. (1973): *La teoría de la revolución en el joven Marx*. México, Siglo XXI.
- Marx, K. (1968): *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, México, Grijalbo.
- Marx, K. (1982): *Escritos de juventud*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (1970): *Los anales franco-alemanes*, Barcelona, Martínez Roca.
- Marx, K. (1983): *En defensa de la libertad: los artículos de la Gaceta Renana 1842-1843*, Valencia, Fernando Torres.
- Marx, K. *On revolution (1971)*, New York, McGraw-Hill.

¹³ Cf. Marx (1968), p. 85.